

LOS PADRES DE LA IGLESIA



San Clemente Romano
Mosaico del Siglo VI (Basílica de San Apollinare Nuovo - Rávena - Italia)

F a s c í c u l o I I
L o s P a d r e s A p o s t ó l i c o s
S a n C l e m e n t e R o m a n o

M o n t e G r a n d e
2 0 0 8

¿Quiénes son los «Padres Apostólicos»?

La denominación de Padres Apostólicos fue introducida por primera vez en el siglo XVII por el patrólogo J. B. Cotelier, y se utiliza para agrupar a los autores de los escritos más antiguos —posteriores al Nuevo Testamento— que pertenecen a la generación inmediata a los Apóstoles —finales del siglo I y mediados del siglo II—.

Estos escritores poseían una estrecha relación con los Apóstoles, pues muchos de ellos los habían conocido personalmente —Policarpo de Esmirna (†155) había conocido al Apóstol San Juan—, convirtiéndose de esta manera en los primeros testigos de la Tradición viva de la Iglesia y el eslabón subsiguiente a los Apóstoles en la cadena de transmisión del tesoro revelado por Cristo.

¿En qué consisten sus obras?

Los escritos de los Padres Apostólicos nacieron en el seno de la comunidad cristiana, casi siempre producidos por sus Pastores y destinados a ser alimento espiritual de los fieles, constituyéndose así en el testimonio más precioso de la fe y vida de las primeras generaciones cristianas. A través de estas obras, los Padres trataron de transmitir la doctrina como la habían recibido, con recuerdos e impresiones a veces muy personales. Su estilo es, por eso, directo y sencillo; hablan de lo que viven y de lo que han visto vivir a los primeros discípulos: aquellos que conocieron a Cristo cuando vivía entre los hombres y tocaron — como afirma San Juan— al mismo «Verbo de la vida»¹.

En estas obras predominan los temas más bien morales, disciplinarios o culturales, procurando fomentar en los lectores el nuevo estilo de vida que Cristo enseñó a los Apóstoles; pero no existiendo en ellas la pretensión de exponer de manera ordenada o sistemática la doctrina cristiana. Sin embargo, en ellos se insinúan algunas de las que habrían de ser líneas fundamentales del pensamiento cristiano:

- *La Iglesia fundada sobre la tradición de los Apóstoles, claramente diferenciada del judaísmo y con cierta organización cultural² y administrativa;*
- *El valor redentor de la encarnación y muerte de Cristo, hijo de Dios;*
- *El bautismo y la eucaristía como sacramentos fundamentales.*

Si bien estos escritos proceden de áreas geográficamente alejadas, pertenecen a géneros diferentes y tratan de temas distintos, presentan, en general, una **doctrina cristológica uniforme**.

A continuación se citan las características generales de algunos de los escritos agrupados por esta categorización:

- La Didakhe ó Doctrina de los Doce Apóstoles: documento anónimo que consiste principalmente en un manual de normas morales y organización interna;
- La Carta a los Corintios de Clemente Romano: es una intervención de la Iglesia de Roma en la crisis de otra comunidad, apoyando la estructuración jerárquica en el principio de la sucesión apostólica;
- Las Cartas de San Ignacio de Antioquía: atestiguan la solidaridad entre las iglesias y la corresponsabilidad de un obispo frente al cisma y la herejía³;
- La Carta de Bernabé: escrito anónimo que constituye un tratado sobre la interpretación cristiana del Antiguo Testamento y está dirigido a cristianos atraídos por el judaísmo;
- El Pastor de Hermas: es un libro anónimo de carácter apocalíptico («revelación»), con un mensaje de penitencia para la Iglesia;
- La Carta a los Filipenses de Policarpo de Esmirna: en ella se insiste en que Cristo fue realmente hombre y realmente murió, que hay que obedecer a la jerarquía de la Iglesia, que hay que practicar la limosna y que hay que orar por las autoridades civiles.

Situación de la Iglesia

La Iglesia estaba por ese entonces recién nacida y, aunque desde el principio tuvo que sufrir contradicciones (basta leer el libro de los Hechos de los Apóstoles), el Señor no permitió que la asaltaran, en esa época tan joven, grandes herejías como las que surgirían más tarde. Como escribe Hegesipo, antiguo historiador de la Iglesia del siglo II: sólo «*cuando el sagrado coro de los Apóstoles hubo terminado su vida, y había pasado la generación de los que habían tenido la suerte de escuchar con sus*

¹ Juan 1, 1

² Relativo al culto

³ Error en materia de fe.

proprios oídos a la Sabiduría divina, entonces fue cuando empezó el ataque de errores impíos, por obra del extravío de los maestros de doctrinas extrañas».

En esa época comenzaba la lucha de varios siglos del Imperio Romano contra los cristianos, pero también el atractivo cada vez mayor del evangelio para los habitantes de ese imperio, al ver el ejemplo heroico de muchos cristianos que se dejaban matar antes de claudicar de su fe. ¡Qué razón tuvo Tertuliano al decir: «La sangre de los mártires es semilla de cristianos»!

San Clemente Romano (†97)

San Ireneo de Lyon atestigua que Clemente no sólo había visto a los Apóstoles, sino que también había mantenido contacto con ellos; asegurando, además, que «*la predicación apostólica resonaba en sus oídos*» y «*la Tradición se encontraba delante de sus ojos*».

Clemente nació en Roma y allí fue bautizado, sobresalió en el estudio de las letras, especialmente en griego. Vivió en la segunda mitad del primer siglo, gobernando la diócesis de Roma como cuarto obispo entre los años 88 y 97 —sus predecesores fueron Pedro (25-67), Lino (67-76) y Cleto (76-88)—, escribe como portavoz autorizado del grupo de obispos y diáconos que gobiernan colegialmente la Iglesia de Roma.



San Clemente Romano
Iconografía

El «Liber Pontificalis»⁴ transmite hasta nuestros días las características de su pontificado: «*Clemente gobernó la Iglesia durante nueve años. Reorganizó la Comunidad de Roma, dividiendo la ciudad en siete sectores, encomendados a siete diáconos. Mandó redactar con cuidado las Actas de los Mártires*». Se puede mencionar como legado el restablecimiento del uso de la confirmación según el rito de San Pedro y el comienzo de la utilización de la palabra Amén en las ceremonias religiosas.

La autoridad y el prestigio de este obispo de Roma eran tales que se le atribuyeron varios escritos, pero su única obra segura es la «Carta a los Corintios». Eusebio de Cesarea (†340), el gran «archivero» de los orígenes cristianos, la presenta con estas palabras: «*Nos ha llegado una carta de Clemente reconocida como auténtica, grande y admirable. Fue escrita por él, de parte de la Iglesia de Roma, a la Iglesia de Corinto. Sabemos que desde hace mucho tiempo y todavía hoy es leída públicamente durante la reunión de los fieles*».

La Carta a los Corintios fue escrita por Clemente antes del año 100 (entre los años 96 y 98; esto es a fines del gobierno del Emperador Domiciano y principios del de Nerva). Ésta constituye un documento muy importante, fundamentalmente porque nos hace llegar una descripción de cómo la Iglesia primitiva de Roma era gobernada por un obispo reconocido como primero entre los presbíteros y jefe de los diáconos. La epístola es también valiosa por su testimonio del martirio de Pedro y Pablo en Roma. El sentido final de esta obra es la unidad del cuerpo de Cristo por medio de la obediencia, y a pesar de la distancia que hay entre Roma y Corinto, la carta manifiesta autoridad —el autor se sabe escuchado—, siendo el estilo de Clemente uno de los primeros indicios de que la comunidad cristiana ortodoxa había tenido maestros y guías en sus comienzos.

Además de ésta, como se mencionó anteriormente, existen bajo el nombre de Clemente otros escritos: una segunda carta a los Corintios, dos cartas a las Vírgenes, y diversos escritos homiléticos y narrativos (Homilías y Recognitiones clementinas), que pretenden presentar la predicación y los pasos dados por Clemente. Pero todos estos escritos, de carácter y valor muy desigual, no pueden considerarse como auténticos y pertenecen a diversas épocas posteriores a la de San Clemente.

La Carta a los Corintios

Al inicio del texto, escrito en griego, Clemente se lamenta por el hecho que «*las imprevistas calamidades, acaecidas una después de otra*» (Capítulo I, 1), le hayan impedido una intervención más inmediata. Estas «adversidades» se deben a la persecución de los cristianos por parte del Emperador Domiciano: por ello, la fecha de composición de la carta se debe remontar luego de la muerte del emperador y al finalizar dicha persecución.

La intervención de Clemente era solicitada por los graves problemas por los que atravesaba la Iglesia de Corinto: los presbíteros de la comunidad habían sido depuestos por algunos jóvenes

⁴ También llamado «Libro de los Papas», se trata de una compilación de reseñas biográficas de los primeros papas, desde San Pedro hasta Esteban V. En él se especifica los años de duración de cada pontificado, el lugar del nacimiento y entierro del pontífice, las construcciones que erigió, etc.

contestadores. La penosa situación es recordada, una vez más, por san Ireneo, que escribe: «*Bajo Clemente, al surgir un gran choque entre los hermanos de Corinto, la Iglesia de Roma envió a los corintios una carta importantísima para reconciliarles en la paz, renovar su fe y anunciar la tradición, que desde hace poco tiempo ella había recibido de los apóstoles*»

La obra consta de dos partes, en la primera da exhortaciones de carácter general (a la humildad, a la caridad, a la obediencia, etc.), en la segunda parte se ocupa de los conflictos entre los cristianos de Corinto, y finalmente una conclusión en la que expresa su ansia de un feliz desenlace.

Es posible destacar varios puntos de la epístola:

Se observa el primado de Roma, en el intento de la Iglesia de Roma de proceder como conciliadora y mediadora, reivindicando su autoridad sobre las demás iglesias.

Los superiores eclesiásticos son llamados obispos y diáconos, en algunos pasajes se les llaman presbíteros, los cuales no pueden ser destituidos por la comunidad, puesto que han sido instituidos por los Apóstoles en nombre de Cristo.

Es importante el capítulo V, que nos da un testimonio de San Pedro en Roma y del viaje de San Pablo a Roma, además del martirio de ambos Apóstoles.

El capítulo XX habla de la armonía y del orden de la creación, los capítulos XXV y XXVI hablan de la resurrección de los muertos, tema importantísimo, puesto que éste era atacado por los paganos. En el capítulo XXV se hace referencia a la leyenda del ave Fénix (resucitado de sus cenizas) como símbolo de resurrección.

«*Somos una porción santa*», exhorta, «*hagamos, por tanto, todo lo que exige la santidad*» (Capítulo XXX, 1). En particular, el obispo de Roma recuerda que el mismo Señor «*estableció dónde y por quién quiere que los servicios litúrgicos sean realizados para que todo, cumplido santamente y con su beneplácito, sea aceptable a su voluntad...*».

Clemente continúa expresando: «*Porque el sumo sacerdote tiene sus peculiares funciones asignadas a él; los levitas tienen encomendados sus propios servicios, mientras que el laico está sometido a los preceptos del laico*» (Capítulo XL, 1-5), aquí se observa que a finales del siglo I aparece por primera vez en la literatura cristiana el término «*laikós*», que significa «*miembro del laos*», es decir, «*del pueblo de Dios*».

Por lo que se refiere a los jefes de las comunidades, Clemente explicita claramente la doctrina de la sucesión apostólica. Las normas que la regulan se derivan, en última instancia, del mismo Dios. El Padre ha enviado a Jesucristo, quien a su vez ha enviado a los apóstoles, éstos luego mandaron a los primeros jefes de las comunidades y establecieron que a ellos les sucedieran otros hombres dignos. Por tanto, todo procede «*ordenadamente de la voluntad de Dios*» (Capítulo XLII). Con estas palabras, con estas frases, San Clemente subraya que la Iglesia tiene una estructura sacramental y no una estructura política. La acción de Dios que sale a nuestro encuentro en la liturgia precede a nuestras decisiones e ideas. La Iglesia es sobre todo don de Dios y no una criatura nuestra, y por ello esta estructura sacramental no garantiza sólo el ordenamiento común, sino también la precedencia del don de Dios, del que todos tenemos necesidad.

Finalmente, antes de la conclusión, nos encontramos con una plegaria llamada «*la gran oración*», a través de la cual Clemente alaba y da gracias a Dios por su maravillosa providencia de amor, que ha creado el mundo y que sigue salvándolo y santificándolo. En ésta, asume una particular importancia la invocación para los gobernantes, representando, después de los textos del Nuevo Testamento, la oración más antigua a favor de las instituciones políticas. De este modo, tras la persecución, los cristianos, aunque sabían que continuarían persiguiéndolos, no dejaron de rezar por esas mismas autoridades que les habían condenado injustamente, siendo su motivo ante todo de carácter cristológico: **es necesario rezar por los perseguidores, como lo hizo Jesús en la cruz**. Pero esta oración tiene también una enseñanza que orienta, a través de los siglos, la actitud de los cristianos ante la política y el Estado. Al rezar por las autoridades, Clemente reconoce la legitimidad de las instituciones políticas en el orden establecido por Dios; al mismo tiempo, manifiesta la preocupación porque las autoridades sean dóciles a Dios y «*ejercen el poder que Dios les ha dado con paz, mansedumbre y piedad*» (Capítulo LXI, 2).

De este modo, la carta de Clemente afronta numerosos temas de perenne actualidad. Es aún más significativa, pues representa desde el siglo I la solicitud de la Iglesia de Roma, que preside en la caridad a todas las demás Iglesias. Con el mismo Espíritu, elevemos también nosotros las invocaciones de la «*gran oración*», allí donde el obispo de Roma asume la voz del mundo entero: «*Si, Señor, haz que resplandezca en nosotros tu rostro con el bien de la paz; protégenos con tu mano poderosa... Nosotros te damos gracias, a través del sumo Sacerdote y guía de nuestras almas, Jesucristo, por medio del cual sea*

gloria y alabanza a ti, ahora, y de generación en generación, por los siglos de los siglos. Amén» (Capítulos LX y LXI).

El autor de la carta no se menciona a sí mismo, sino a la Iglesia de Dios que mora en Roma, habla siempre de «*nosotros*», no cabe duda que ese nosotros es un «plural mayestático»⁵. Esta clarísimo que, por su unidad, la obra está compuesta por una sola persona; quizás intuyó que sería leída y de dominio público. Al igual que la Didajé fue leída, durante los primeros siglos, en la asamblea litúrgica.

¿Cuál fue el final de la vida de San Clemente?

Nada dicen los más antiguos escritores eclesiásticos sobre su muerte, aunque el *Martyrium Sancti Clementis*, redactado entre los siglos IV y VI, refiere que murió mártir.

Parece ser que, por orden de Trajano, fue desterrado al Quersoneso⁶ Traqueo, en la actual península de Crimea —situada en Europa, al sur de Rusia, entre los mares Negro y Azov—. Allí dos mil cristianos, también desterrados, trabajaban con él en las canteras de mármol. San Clemente empezó a consolarlos y todos acudían a él: «*Ruega por nosotros, Clemente, para que seamos dignos de las promesas de Cristo*», y él les decía: «*No por mis méritos me ha enviado a vosotros el Señor, sino, por los vuestros, para hacerme también a mí partícipe de vuestras coronas*».

Las actas antiguas añaden que allá en Crimea convirtió a muchísimos paganos y los bautizó. Los obreros de la cantera sufrían mucho por la sed, ya que la fuente de agua más cercana estaba a unos diez kilómetros de distancia, pero el Santo oró con fe y apareció muy cerca de allí una fuente de agua cristalina, esto le dio más fama de santidad y le permitió conseguir muchas conversiones más.

Más tarde, sigue la tradición, un día las autoridades le exigieron que adorara a Júpiter, él dijo que no adoraba sino al verdadero Dios y entonces fue arrojado al Mar Negro y, para que los cristianos no pudieran venerar su cadáver, le habrían atado una pesada ancla al cuello, pero una gran ola devolvió su cadáver a la orilla.

Los santos eslavos, Cirilo y Metodio, en el pontificado de Nicolás I (858-867), trasladaron el cuerpo del mártir desde Quersoneso a Roma, y lo colocaron bajo el altar del templo a él dedicado (Basilica de San Clemente Romano), uno de los templos más antiguos de Roma, situado entre el monte Celio y el Esquilino.



Pier Leone Ghezzi
Martirio de San Clemente - 1726
Pinacoteca Vaticana

Conmemoración

El aniversario de su dedicación al culto cristiano es el 23 de Noviembre, fiesta que figura en el santoral.

⁵ En la lengua hablada o escrita, es el hecho de referirse a uno mismo (hablante o escritor) usando la forma de la primera persona del plural (Ej.: «Nosotros creemos...» en lugar de «Yo creo...»), y es utilizado por papas y soberanos para expresar su autoridad y dignidad.

⁶ La palabra Quersoneso tiene un origen griego y significa isla continental, era utilizada para denominar a varias penínsulas del mundo griego.